

DIANA F. DÉVORA

MONSTRUOS CONECTADOS



 NOCTURNA
EDICIONES

© de la obra: Diana F. Dévora, 2022
© de las ilustraciones: Diana F. Dévora, 2022
© de los marcos: Alejandra Hg, 2022
© de las guardas y fondos: Djem/Shutterstock.com
ranjith ravindran/Shutterstock.com

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid
info@nocturnaediciones.com
www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna: abril de 2022

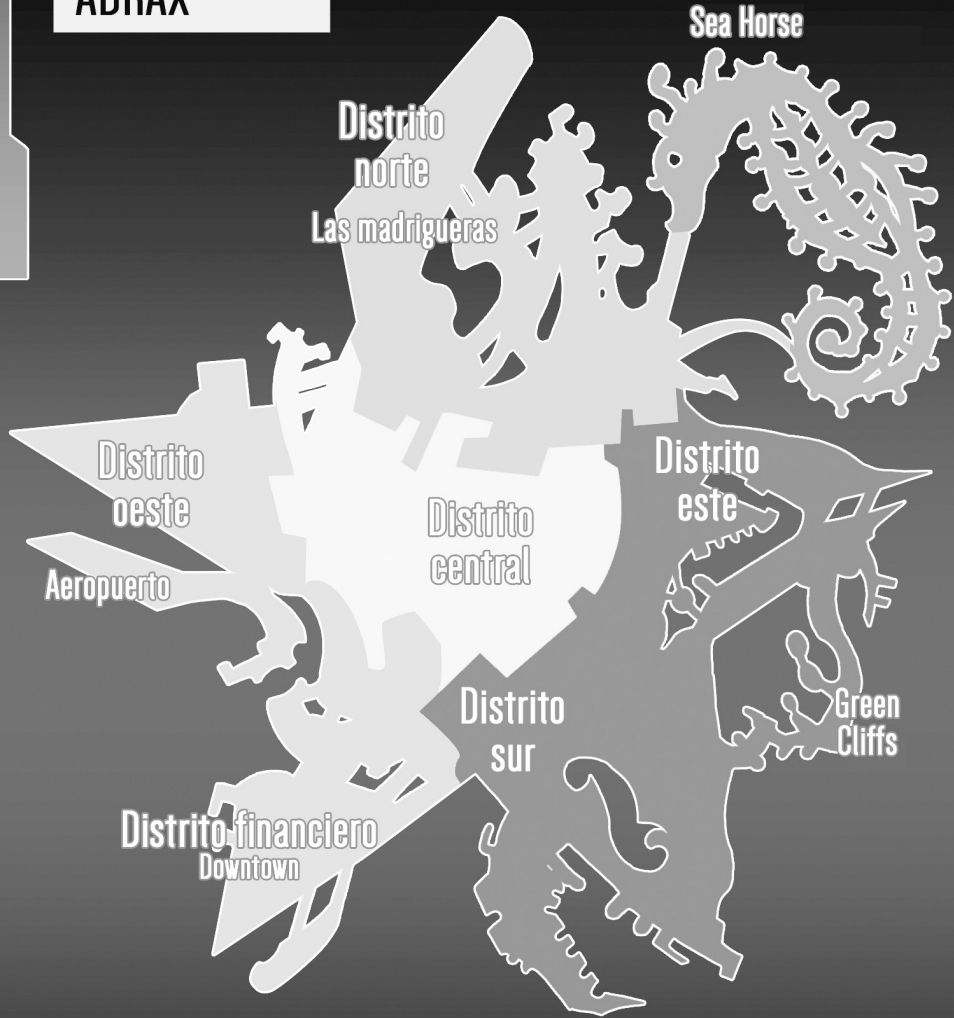
Impreso en España / *Printed in Spain*
Técnica Digital Press

Código IBIC: YFB
ISBN: 978-84-18440-35-9
Depósito Legal: M-6155-2022

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

A mi madre, por creer en mí más que yo misma

ADRAX



SUMMER



FILE: SU-00005

GENDER: FEMALE
HEIGHT: 1.75
AGE: 19
EYES: ORANGE/RED
HAIR: BLACK
TRACK: ACTIVE
LOCATION: ADRAX



YADE



AIDAN



WILL



AKIRA



ZOE

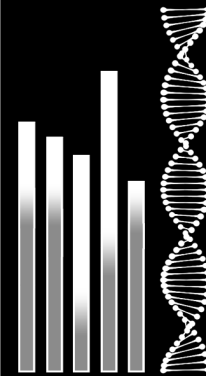


RAYO NEGRO



FILE: RN-00006

GENDER: MALE
HEIGHT: 2.02
AGE: 24
EYES: BLUE
HAIR: WHITE
TRACK: ACTIVE
LOCATION: ADRAX



NEON



IRINA



CONOR

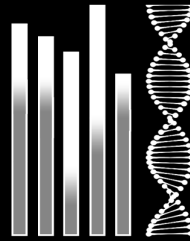


GIOVANNI DIMAGNO

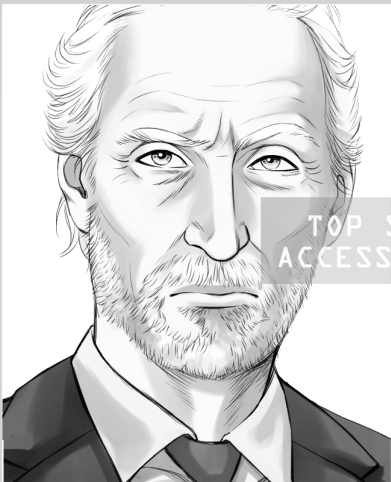


FILE: D0-00009

GENDER: MALE
HEIGHT: 1.85
AGE: 26
EYES: BLUE
HAIR: VIOLET
TRACK: ACTIVE
ALIAS: EL DOMINE



ABSALOM



GABRIELLA



TOP SECRET
ACCESS DENIED



01 AQUÍ, SUFRIENDO

Rayo Negro contempló por última vez su reflejo en el cristal de la ventana. Su aspecto era impoluto. Se retocó un poco, alisándose la parte delantera de la chaqueta azul oscuro, que era de un tejido fino y ceñido. Desde que había tirado a la basura sus trajes por ser de una marca que le traía malos recuerdos, le había costado encontrar sustitutos que le sentaran igual de bien. Por suerte, con aquel había acertado.

Había mucha expectación sobre él aquella noche. No podía permitirse ningún error.

—Señor Lynet, ya está todo listo —le avisó uno de los tipos de la agencia de comunicación que habían contratado para organizar el evento.

Asintió y, antes de marchar, se permitió contemplar un momento la espléndida panorámica de la ciudad. Miles de luces refulgían ante sus ojos. Desde aquella altura, doscientos metros por encima del resto de edificios de Adrax, casi parecía estar viéndola desde un avión. Nada le hacía sombra a aquella torre: la verdadera protagonista de aquella velada.

Estaban a punto de inaugurar lo que iba a ser el nuevo símbolo de la Adrax Comm: un edificio que acariciaba el cielo y que había sido su más ambicioso proyecto desde que entró en la empresa.

Y por fin estaba terminado.

Los periodistas ya habían tomado posiciones cerca del escenario en el que tenía que dar el discurso de presentación. Maldijo a quien tuvo la idea de invitarlos. Él habría preferido un acto privado solo para clientes importantes, inversores y altos cargos de la compañía. Pero al final aquello se había convertido en un circo. Toda la prensa de la ciudad y parte de la internacional estaban allí. Medios generalistas, publicaciones especialistas en tecnología y hasta su favorita, la prensa rosa. Sin olvidar que también se había invitado a las voces más influyentes de las redes sociales. Todo por el bien de promocionar la buena imagen de la empresa.

De camino, tuvo que pararse a estrecharle la mano a varias personas, a las que luego tendría que atender. Solo de pensarlo, le daban ganas de salir corriendo, cambiar el traje de vestir por el de combate y aceptar cualquiera de los trabajos de mercenario que tenía pendientes. Pero no podía. De manera que hizo de tripas corazón y procuró sonreír a todo aquel con el que se cruzaba hasta llegar al escenario.

El señor de la agencia le hizo una señal para que subiera los tres escalones que le dejarían expuesto ante el público de la sala. Por si a alguien le había pasado desapercibido el tipo de dos metros subido al escenario, la suave música que sonaba en ese momento se cortó, y las miradas de todos los presentes se concentraron en él al tiempo que los periodistas disparaban sus cámaras sin piedad.

Odiaba eso.

Rayo carraspeó y se acercó al fino atril transparente que había en el centro. Como imaginaba, no estaba preparado para su altura y tuvo que ajustar el micro y agacharse un poco para llegar a él.

Eso también lo odiaba.

Igual que odiaba haber sido nombrado portavoz de la empresa por ser —en palabras textuales de algunos de sus socios— «tan famoso que no necesitaba presentación».

—Queridos amigos y amigas, en nombre de la Adrax Comm, les doy las gracias por haber venido esta noche en la que abrimos las puertas de nuestra nueva sede —dijo, comenzando a leer el discurso cuyas letras iban apareciendo en la pantalla de cristal que tenía enfrente—. Es un honor darles la bienvenida a la Torre Jacob.

El público lo celebró con aplausos y Rayo esperó a que cesasen antes de continuar:

—En los últimos años, Adrax Comm ha conseguido convertirse en el adalid de la nueva era de las telecomunicaciones. Esta torre representa eso, pero aún queda mucho por hacer. Y seguiremos avanzando hasta lograr que Adrax sea un ejemplo de progreso para el resto del mundo. —Tras otra pausa provocada por más aplausos, Rayo añadió—: No puedo terminar sin dar las gracias a todas las personas que han trabajado duro para hacer realidad este proyecto. También quiero agradecerles a nuestros jóvenes inversores que se hayan raspado el bolsillo para que esto se tenga en pie —bromeó, y señaló a un grupo de veinteañeros que había en primera fila, que sonrieron y alzaron sus copas de champán—. Y, por último y en especial, a la persona que lo vislumbró. Como ya sabéis, su delicada salud no le permite estar aquí celebrándolo con nosotros, pero me ha pedido que os diga que se siente muy emocionado y honrado de que

esta torre lleve su nombre... Por supuesto, os hablo de mi abuelo, Jacob Lynet.

Los asistentes volvieron a aplaudir, esta vez con más entusiasmo, presentían que el discurso llegaba a su fin y podrían volver a sus propios asuntos. Rayo también lo notaba y no quiso alargar más la agonía, ni la suya ni la de ellos.

—De nuevo, gracias a todos. Por favor, disfrutad de la velada.

Bajó del escenario acompañado de los últimos aplausos. Nada más poner un pie en el suelo, Jameson, otro de los directivos de la compañía, le asaltó.

—No ha estado mal, Axel. Al menos no te has dormido en medio del discurso —le dijo con tono jocoso.

Rayo ya estaba más que acostumbrado a sus burlas. A Jameson le gustaba bromear, tanto que lo hacía incluso de sí mismo. Ser el único miembro de la dirección de raza negra, de origen latino y homosexual le daba una especie de carta blanca para burlarse de cualquier tema por sensible que fuera. Sin embargo, aquel hombre era de los pocos apoyos que tenía en la empresa, a veces hasta podía considerarle un aliado.

—Por favor, no me lo recuerdes otra vez —le pidió Rayo, temiendo lo que vendría a continuación.

—Pero si fue un momentazo —comentó Jameson, y se rio—. La cara que se le quedó a ese directivo japonés cuando te sobaste en la videoconferencia. Cuando preguntó no sé qué y tú ahí, *roork*. —Trató de imitar el sonido de un ronquido.

—Eran las tantas de la madrugada —se defendió, pero el hombre seguía riéndose sin parar.

—Bastante le importó al japo, y eso que ellos se quedan dormidos hasta de pie. —Jameson le dio unas palmadas en la espalda y

dijo—: En fin, no te tortures. Ese trato estaba condenado. Todo lo contrario a esto. Menudo éxito.

—No es mérito mío. —Meneó la cabeza—. El diseño y toda la idea son de mi abuelo.

—Sí, pero tú has sabido venderlo —le recordó Jameson y, de repente, miró hacia un lado—. Por cierto, ahí vienen los de *El pueblo de los malditos*.

Rayo miró de reojo y vio que se refería a los seis jóvenes que conformaban el grupo de inversores que había financiado la construcción de la torre. Quitando que los seis compartían algunas semejanzas en el estilo de vestir y el corte de pelo, no llegaba a entender la referencia a la película de los niños asesinos.

—¿Por qué los llamas así?

—No sé, chico, parecen algo sectarios.

No tuvieron tiempo de seguir hablando porque los inversores llegaron hasta ellos.

—Axel, nuestra más sincera enhorabuena —le dijo el que parecía más lanzado del grupo.

—Gracias una vez más por formar parte de esto —les correspondió Rayo mientras les estrechaba la mano uno a uno.

—A ti por ofrecernos unas condiciones de inversión imposibles de rechazar —intervino otro de los jóvenes.

—Sí, la verdad es que estábamos pensando en invertir en una *startup* —comentó un tercero y, señalando al que había hablado primero, añadió—: Pero Carl nos convenció de que esto era más seguro.

—Vaya, sí que estáis unidos —comentó Jameson, y le dio un disimulado codazo a Rayo.

—Somos amigos desde hace mucho —contestó el joven, mirando al resto.

—Nos conocemos desde el colegio —alegó el tal Carl—. Estudiamos todos aquí, en el Nueva Esperanza.

Rayo se sorprendió al oír de nuevo ese nombre. Inevitablemente, se vio abordado por los recuerdos que le traía aquel lugar. Los días, pocos pero intensos, que había vivido entre sus muros junto a aquellos a los que había considerado sus rivales hasta entonces. Y, sobre todo, a la mente le vinieron los momentos que había pasado en compañía de Summer.

Bloqueó aquellos pensamientos. Se había prometido a sí mismo dejar de pensar en ella. Aunque eso significase enterrarse en montañas de trabajo que le mantuvieran bajo un estrés insoportable hasta caer agotado en la cama.

Lo que fuera con tal de ignorar lo mucho que la añoraba y que su solo recuerdo bastaba para reabrir una herida que parecía no curarse nunca.

Procuró distraerse con otra cosa y, sin salirse del tema del colegio, pensó en la casualidad de que Jameson hubiera llamado sectarios a esos jóvenes. ¿Sabrían ellos algo del tema de las fiestas secretas del Nueva Esperanza?

Por la edad, era poco probable. Debían de estar en la universidad cuando la presidenta de la junta y el jefe de seguridad comenzaron sus sórdidos planes para chantajear a los alumnos.

—Aunque no hemos nacido aquí, hemos crecido en Adrax y estamos orgullosos de contribuir a que sea una ciudad mejor —decía uno de los inversores en ese instante.

—Y si os hacéis más ricos en el proceso, mejor que mejor —dijo Jameson, y les guiñó un ojo.

Los jóvenes se rieron por cortesía. Y tras intercambiar algún que otro comentario, se despidieron de los dos directivos de la Adrax Comm.

—¿Ves? Te dije que eran raritos —comentó Jameson en cuanto se cercioró de que no podían oírle—. Oh, mierda.

—¿Qué pasa? —preguntó Rayo.

—Nada, que viene el ogro. Me largo.

Antes de que pudiera entender a qué se refería, Jameson se mezcló entre el resto de invitados. Rayo Negro se giró en dirección contraria y vio a la persona que había espantado a su colega: Dietrich, el hombre más importante de la compañía, se acercaba a él con su habitual cara de estar oliendo mierda.

—Te felicito, Axel. La inauguración está yendo mejor de lo que esperaba —le concedió el recién llegado.

—Me alegra oírlo —dijo Rayo estrechándole la mano.

—Admito que siempre he tenido mis dudas acerca de este proyecto. Pero viendo esto, puede que al final demuestres que es algo más que la fantasía megalómana de un viejo. —Y clavándole los ojos desde su estatura, tres cabezas por debajo de la suya, le soltó aquella amenaza que ni siquiera se molestó en camuflar—: Por tu bien, espero que así sea.

A Rayo le quedó claro que no hablaba en broma. Aquel hombre le había tenido en el punto de mira desde el principio y, últimamente, le había dado demasiados motivos para que este pudiera desacreditarlo ante el resto de miembros de la dirección. La misión de rescate de Irina y Neon le había pasado factura, sus reiteradas ausencias y la poca implicación en sus obligaciones le habían dejado en

muy mal lugar. Con su influencia, Dietrich podía lograr con facilidad los apoyos necesarios para exigir su dimisión.

—¡Papá! —Una mujer se abalanzó sobre Dietrich y le dio un beso, aunque no llegó a tocar la piel de su mejilla.

—Ah, Helena. ¿Conoces a Axel?

La mujer alzó la barbilla para mirarle y sonrió.

—Pues no tengo el gusto, no.

—Soy Axel, encantado. —Sin esperar presentación, Rayo le tendió la mano.

—Helena. Un placer.

—Es mi hija.

—Creo que ya se lo ha imaginado, papá —comentó Helena.

Aquello le gustó a Rayo. Cualquiera persona que fuera capaz de dejar en evidencia al ogro obtenía su simpatía de inmediato, aunque esa persona tuviese la misma sangre que él. De hecho, el parecido era innegable. Ambos tenían una nariz ligeramente aguileña, labios delgados, fríos ojos azules y cabello claro; en el caso de Dietrich, empezaba a escasear, pero su hija tenía una melena corta que le llegaba poco más allá de los hombros.

—Helena vive en Berlín, pero ha venido a Adrax a... Recuérdame a qué has venido.

—A pasar unos días. Tenía muchas ganas de conocerla —contestó ella.

—Ah, pues te recomiendo el Distrito Sur. Es increíble —dijo Rayo.

—Sí, ya me han hablado de algunos sitios...

—Hija, discúlpanos un momento —la interrumpió su padre y, cogiendo a Rayo del hombro, lo apartó un par de metros para decirle

en voz baja—: Estoy pensando que sería un detalle por tu parte si después de esto te llevaras a Helena a dar una vuelta. No me gusta mucho que pase su primera noche en Adrax sola.

—¿Me estás pidiendo que salga con tu hija? —Rayo Negro apenas podía salir de su asombro.

—Perdona, ¿ya tienes planes? —preguntó Dietrich, mirándole con una seriedad que daba a entender mucho más allá de sus palabras.

Lo cierto era que no tenía ningún plan más que irse a casa, y si acaso hacer algo improvisado, como jugar a algún videojuego o ver una película. Algo que le mantuviera distraído. No tenía pensado salir aquella noche, y menos con una desconocida en una especie de cita impuesta. Pero no podía permitirse el lujo de negarse y hacer aún más larga la lista de cosas que aquel hombre tenía en su contra.

—No, la verdad es que no. Será un placer acompañarla —dijo, esforzándose por sonreír.

El hombre le dio un apretón en el hombro, que no había soltado en ningún momento, como recordándole su estatus superior.

—Bien, asegurate de que ella acepta tu invitación.

Rayo arqueó las cejas. Encima tenía que fingir que la idea había salido de él.

—De acuerdo.

El hombre le soltó y volvió con su hija, que esperaba intrigada, ya que antes la habían dejado con la palabra en la boca.

—Helena, lo siento, pero tengo que dejarte. —El hombre tomó una de sus manos entre las suyas en un gesto cariñoso—. Pero estás en buena compañía —añadió, y se fue dejándolos solos.

—Vaaale. —La joven se encogió de hombros y alzó la mano antes de que Rayo pudiera decir nada—. Tranquilo, conozco a mi padre. Seguramente te ha pedido que me hagas de acompañante esta noche. Lo siento mucho.

—No, qué va. —Trató de negarlo, pero ante la expresión suspicaz de ella, no tuvo más remedio que admitirlo—: Bueno, sí, pero no importa. La verdad es que no tengo ningún plan y me gustaría conocerte.

—¿En serio?

—Claro —mintió, acordándose de la mirada que le había echado Dietrich—. No me importaría enseñarte un poco la ciudad, si quieres.

—Por mí, estupendo —sonrió ella.

Un par de horas y algunas copas de vino más tarde, llevaba a Helena en su coche por una de las avenidas principales del Distrito Sur de la ciudad. Ambos se estaban riendo a carcajadas por las continuas bromas que hacían casi sin esfuerzo. Aquella mujer le estaba cayendo genial. Costaba creer que fuera hija del ogro. Era muy divertida y se sentía cómodo con ella, porque no le atraía físicamente.

En los últimos meses había tratado de mantener bien controlada su libido. Ni siquiera había vuelto a tener citas desde entonces porque, por mucho que quisiera evitarlo, cuando pensaba en mujeres, acababa pensando en la persona de la que no quería acordarse.

De repente, le sobrevino una imagen, tan intensa como inesperada: el rostro de Summer mirándole con una sonrisa de suficiencia.

«Enhorabuena. Llevas cojonudamente eso de olvidarme».

—Ey, ¿a qué viene esa cara? ¿Has visto un fantasma? —le preguntó Helena al ver que se había quedado en silencio.

—Algo así —musitó, y detuvo el coche en un semáforo en rojo—. Es igual. ¿Dónde vamos ahora?

—Ah, no sé. No tengo ni idea de dónde estamos.

Sin embargo, Rayo no la había escuchado. Su mente se había quedado junto a su conocida intrusa.

¿Acaso quería estar así toda la vida? ¿Temiendo que Summer se colara en sus pensamientos? Era absurdo y obsesivo..., y estaba hundiéndole cada vez más.

¿Y si se estaba equivocando de táctica? Puede que evitar el contacto femenino fuese un error y la solución fuera lo contrario: conocer a alguien que suplantara el recuerdo de Summer, aunque eso ahora le pareciera imposible.

—¿Axel?

Helena volvió a llamar su atención y se fijó en ella. No podía negar que había una conexión entre ellos. Algo que era mejor que la mera atracción física. Por un segundo, imaginó cómo sería besarla. Sabía que no podría sentir lo mismo que sentía con Summer, que ni siquiera se acercaría, pero sería agradable volver a sentir deseo y cariño, el roce de otra piel sobre la suya.

Observó su rostro bañado por la luz roja del semáforo que tenían delante, sus labios de sonrisa sugerente, y se lanzó. Se inclinó hacia ella y, justo cuando estaba a punto de probar aquella boca, se detuvo.

«¿Qué estoy haciendo?», se recriminó a sí mismo.

En el fondo, no era lo que quería. No lo sentía. Y, sobre todo, no era justo para Helena.

—Perdona. No he debido hacerlo. Hemos bebido mucho. —Se apartó de la chica.

—Menos mal —suspiró ella.

—¿Menos mal? —repitió confuso.

—Sí, verás... ¿Cómo decirlo? La verdad es que me lo estoy pasando muy bien, pero no me interesas en ese sentido —le aclaró Helena, ligeramente incómoda.

—¿Qué? —A Rayo se le escapó aquello sin querer. No daba crédito. Jamás había salido con una mujer que no estuviera *interesada* en él.

—A ver, no te ofendas. Eres muy atractivo, a pesar de esas ojeras y esa apatía al andar, como si estuvieras cargando con un muerto a tus espaldas. Pero yo ya tengo a alguien, lo que pasa es que mi padre no lo sabe —le explicó ella—. Cuando me propusiste salir, noté que lo hacías por obligación y, por otro lado, creí que serías buena compañía. Y lo eres. Pero no busco sexo. Lo siento.

«¿Ojeras...? ¿Apático? —pensó desconcertado—. Dios mío, ¿tan hecho mierda estoy?».

De todas las posibilidades que había contemplado que podían suceder en aquella cita, nunca jamás se le hubiera ocurrido que Helena le rechazase. Aquello era peor de lo que creía. Lo de Summer no solo le estaba afectando a nivel psíquico, también se reflejaba en su físico.

En ese momento, los coches que tenía detrás comenzaron a llamarle la atención. Hacía rato que el semáforo se había puesto en verde. Acercó el coche a la acera más próxima, lo dejó en doble fila y activó las luces de emergencia.

—Oye, ¿todo bien? —le preguntó Helena al ver que estaba en *shock*.

Él reaccionó. Se dio cuenta de que estaba quedando como un capullo narcisista.

—Sí, perdona. Es que me ha pillado por sorpresa.

—Creo que lo mejor será que me vaya.

—No, por favor —le pidió—. Olvidémoslo. ¿Por qué no intentamos seguir divirtiéndonos?

Sí, olvidarlo. Eso quería hacer. A toda costa y cuanto antes.

—Está bien. —Ella tomó aire y, al mirar a su alrededor, se le dibujó una sonrisa—. Oye, ¿esto no es Bahía Sur? Vamos a tomar algo por aquí.

Rayo también reconoció la zona; a su pesar, ya le había traído algún quebradero de cabeza. Bahía Sur era el barrio de ambiente gay de Adrax y, cada vez que se acercaba un poco a aquel sitio, era acosado por los medios durante semanas preguntándole una y otra vez si era homosexual. A Jameson le hacía gracia, pero a los otros directivos no tanto, ya que daba una sensación de falta de honestidad por su parte que, al parecer, podía extenderse a la compañía.

Dicho de otro modo, solo toleraban su fama cuando les era conveniente.

—No creo que a tu padre le guste que vengamos aquí —contestó, pensando que, si mencionaba al ogro, lograría disuadir a Helena. Más bien consiguió lo contrario.

—¿Sabes qué...? Ha estado bien, Axel, pero mejor nos separamos aquí —se despidió Helena con un guiño, y salió del coche sin esperar su respuesta.

—¡Helena, espera! —la llamó, pero ella se alejaba sin volver la vista siquiera. Justo entonces oyó una sirena emitir un solo y corto pitido a modo de aviso. Se giró y vio un coche de policía aparcando tras su deportivo.

—Señor, no puede estacionar ahí —le dijo un agente cuando se bajó del coche—. Está estorbando la circulación.

—Sí, perdón. Ya me voy. —Se apresuró a arrancar y salir de allí. Debía buscar un aparcamiento para volver en busca de Helena.

Aunque... ¿por qué hacerlo?

En realidad, Helena no tenía motivos para hablar mal de él a su padre. Se había ido porque había querido. Ya era mayorcita. Podía coger un taxi y volver a su hotel sola.

Se había alejado algunas manzanas cuando se percató de que había un pequeño bulto caído ante el asiento del copiloto. Al parar en un semáforo, lo examinó.

Se trataba de la cartera de Helena, se le debía haber caído del bolso; con el dinero, tarjetas y toda su documentación en ella.

—Estupendo —suspiró irónicamente.

No tenía su número de teléfono para avisarla, y lo que no iba a hacer era llamar a su padre a esas horas de la noche para preguntárselo. No le quedaba más remedio que buscarla por Bahía Sur, donde, con toda probabilidad, sería descubierto por algún maldito periodista.

Tras dejar el coche en un parking cercano, se acercó al lugar donde la había perdido de vista. Había llovido hacía poco y los luminosos rótulos de las fachadas teñían el asfalto de diversos colores. A un lado y a otro, proliferaban los locales de ambiente tan populares por aquella zona. Sus visitantes, hombres en su mayoría, se amontonaban tanto en el interior como a la entrada de los numerosos pubs y discotecas.

Quiso pensar que no le miraban mientras se encaminaba hacia el portero del primer local. La música escapaba amortiguada tras las puertas, pero lo bastante fuerte como para que tuviera que elevar la voz.

—¿Ha entrado aquí una chica rubia, así de alta? —preguntó, y se puso una mano debajo del pecho.

El portero de la discoteca puso los ojos en blanco como única respuesta.

—Vale, gracias. —Rayo se giró con el ceño fruncido. No había dado ni un paso cuando un tipo muy fornido pero mucho más bajo que él se interpuso en su camino.

—Oye, guapito, por aquí también vienen chicas, con esa descripción tan escueta no vas a llegar a ninguna parte —le sonrió a través de su frondosa barba. Como no llevaba camiseta, Rayo comprobó que tenía más pelo en el cuerpo que en la cabeza—. ¿No será una excusa para romper el hielo? Porque, majo, no te hace ninguna falta.

Rayo ignoró a aquel tipo y siguió su camino, cuando notó que alguien le ponía una mano en el hombro. Se revolvió bruscamente.

—¿Qué coño quieres?

Pero no se encontró al tipo de antes, sino a dos hombres muy delgados. El que le había tocado tenía el pelo rubio y lacio cubriéndole un ojo, y le miraba algo asustado con las palmas de las manos en alto.

—Nada, hijo. Yo solo te iba a preguntar... —contestó, pero luego recuperó una actitud más digna—. ¿Esa chica que buscas llevaba un modelo de Versace en azul oscuro con cuello de barco y sin mangas?

—Estaba divina, como Audrey Hepburn en *Desayuno con diamantes* —comentó su acompañante.

—Bueno, yo no diría tanto —le corrigió el otro—. Pero sí, la muchacha iba mona.

Rayo parpadeó intentando procesar tanta información. Lo cierto es que no tenía ni la más remota idea de lo que era un cuello de barco, pero, haciendo memoria, recordaba que el vestido de Helena era oscuro. Era la única pista que tenía, así que decidió arriesgarse.

—Sí, creo que sí.

—Ah, pues se fue hacia allí —dijo el hombre del flequillo largo mientras su compañero asentía. Ambos señalaban una de las calles perpendiculares que cruzaban aquella.

Tras agradecerles la información, Rayo se encaminó hacia la calle en cuestión, que era más corta y estrecha. Solo albergaba cuatro o cinco pubs antes de desembocar en otra calle perpendicular y en un oscuro parque que había más allá.

Siguió preguntando por Helena y echó un vistazo desde fuera a los locales que tenían cristalerías, pero no halló ni rastro de ella. Así que supuso que había tomado la siguiente calle.

Fue entonces cuando oyó aquel ruido.

Procedía del parque y no supo identificarlo a la primera. Cuando se repitió, le pareció que sonaba a ramas, pasos en la arena y un apagado murmullo, como una voz amordazada... Una voz de mujer.

Los frondosos jardines no le permitían ver lo que quedaba al otro lado. Inquieto, Rayo cruzó la carretera para adentrarse en el parque y comprobar si sus temores eran ciertos. Pero, por más que buscó, no encontró a nadie que pudiera haber causado aquellos ruidos.

De repente, sin darle tiempo a darse la vuelta, algo le golpeó en la nuca, derribándole. La boca se le llenó de arena mojada y los oídos se le embotaron. Trató de levantarse para ponerse en guardia. Y entonces...

Se le nubló la vista y volvió a caer. Tuvo que esperar unos segundos a que el parque dejara de dar vueltas. Haciendo un esfuerzo por

no vomitar, buscó a su asaltante con la mirada. Este no apareció, y tampoco hubo más ataques. Su agresor, fuera quien fuese, había huido.

Cuando recuperó parte del control de sus sentidos, se puso en pie. Tras echar un vistazo a su aspecto, con el traje manchado de barro, decidió que Helena tendría que apañárselas solita. Sin embargo, el camino de regreso al coche no fue nada fácil. Seguía mareado y le costaba orientarse. Acabó en una calle que no recordaba. Un numeroso grupo de jóvenes salió en tropel de uno de los locales y lo engulló sin remedio, dificultándole la tarea de avanzar.

Aquel tumulto no ayudaba en absoluto a su malestar. Alguien le empujó en un descuido y le hizo tambalearse. Casi se echa encima de un tipo que le puso muy mala cara cuando se llevó un enorme pisotón de su parte.

—Perdón... —dijo, aunque dudaba de que el hombre le oyera en medio de aquel escándalo.

Se preguntó cómo era posible que unas voces humanas pudieran causar tal estruendo. Le iban a reventar los tímpanos. No pudo más. Clavó las rodillas en el suelo cuando su estómago se contrajo por una náusea. Acabó vomitando la cena mientras, a su alrededor, la gente se apartaba asqueada.

—Vaya colocón que lleva el amigo —escuchaba decir a sus espaldas, a lo que siguieron risas y algunos murmullos despectivos.

Pero había algo que le preocupaba infinitamente más que dar el espectáculo, y era no encontrar explicación para lo que le estaba ocurriendo. Lo único que tenía claro era que aquello no podía ser bueno.

—¿Estás bien?

Una voz ligeramente familiar se abrió paso a través de su aturdimiento, y mostraba preocupación por él. Al mismo tiempo, unas manos rodearon sus brazos con fuerza para ayudarlo a levantarse. Se giró para dar las gracias sin imaginar que iba a toparse con aquel rostro.

¿Cómo iba a olvidar aquel excéntrico color de pelo, aquella sonrisa impertinente...? ¿Cómo iba a olvidar al culpable de que meses atrás su vida iniciara una caída en picado?

No, desde luego, ni poniendo todo su empeño habría sido capaz de olvidar a aquel bastardo. El maldito Domine.

—¡Tú! —Fue lo único que acertó a decir mientras sus ojos se abrían como dos lunas llenas que refulgían odio.

—Hola, Axel —sonrió el italiano. Como siempre, pronunció su nombre con cierto retintín.

Ahora encajaba todo. Aquel ataque repentino. Por qué no había oído ni visto a su agresor.

Había sido él.

—Hijo de puta... —Su intención fue adelantar la pierna derecha para cargar el peso del cuerpo, ganar impulso y borrarle la sonrisa de un puñetazo a ese malnacido. Pero, por alguna razón, esta no obedeció. Perdió el equilibrio y, lo que fue aún peor, acabó colgado de los hombros del Domine para no caer de nuevo al suelo.

A ojos de todos, la escena parecía un efusivo abrazo, y se acentuó aún más cuando el italiano le rodeó la cintura, estrechándole para sujetarlo.

—Yo también me alegro de verte, Axel, pero modera tu entusiasmo, ¿quieres?

Quiso replicar, defenderse, aplastarle con sus propias manos, pero la oscuridad cayó sobre él con todo su peso, y le dejó un estremecedor pensamiento antes de que se le cerraran los ojos definitivamente.

«Estoy jodido».

